

1880.

LA



ILUSTRACION VENATORIA

PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA

PUBLICADO BAJO LA DIRECCION

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

AÑO TERCERO.

MADRID.

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^ª

(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, NÚM. 3.

1880.

ÍNDICE DE MATERIAS.

(1880.)

A.

- Africa superior. La cebra, el rinoceronte y la jirafa, por GUSTAV JAEGER, 170.
Aguja (Pesca de la), 281.
Aire (El) como elemento de vida para los pescados, 254.
Al salir los canes de la perrera, 148.
Alcaravan (El), por I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON, 124.
Alce (El) y el lobo, por GUSTAV JAEGER, 202.
Algacel africano (El), 238.
Alta mar (En). El albatros, la fragata, el pájaro de los Trópicos, las aves de borrasca, el fulmar, la golondrina de mar, los delfines, el pez volador, el bonito, la dorada y otros animales de orden inferior, por GUSTAV JAEGER, 43.
Amor de madre, por J. C., 66.
Anuncios. Al final de todos los números.
Anzuelo (El), 188.
Año nuevo (El), por LA REDACCION, 1.
Apertura de la caza (La), 186.
Apuros de un cazador, por C. F., 107.
Archivo de la Corona de Aragon. Documentos antiguos, por A. T., 105, 114, 122, 130, 142, 150, 247 y 254.
Armas de caza en los tiempos primitivos (Las), por C., 3.
Arte de asar las aves, 223.
Asociacion de Aficionados á la Caza, de Barcelona, por A. T., 31.
Asociacion de Aficionados á la Caza y Pesca, de Cataluña (Gran fiesta venatoria por la), con motivo de la publicacion de la Veda, 52, 60.
Asociacion de Cazadores y Pescadores de Navarra, 86.
Australia. El canguro y el ornitorinco, por GUSTAV JAEGER, 156.
Avefrías (La vuelta de las), por F. C., 102.
Aves de rapiña con buho (Caza de), 161.
Aves que no se comen (Las), 236.
Avestruz (El), por GUSTAV JAEGER, 194.

B.

- Batida de lobos (Una), 122.
Batidas de ratas á bordo, 164.
Búfalos (Los) de las marismas de Italia, 282.

C.

- Caballo de caza (El), por F. C., 140, 148, 158 y 163.
Caballos del Nilo (Los), por J. C., 7.
Cabra montés (La), por TORRE AYLLON, 11.
Cabron silvestre (Lucha entre un) y un viajero, 276.
Cacería en Mohernando (Una), por A. T., 12.
Cacería en Sierra Morena, por X., 39.
Cacería fingida de cinco lobos y un alce, 284.

- Cacerías en Fontenay-Trésigny por S. M. la Reina doña Isabel II, por ERNEST BELLECROIX, 267.
Camada de lobos (Una), por P. C., 82.
Cambios de colores en los peces, por V. C., 92.
Canario polígamo (Un), 206.
Caña de pescar (Cualidades de la), 172.
Caña de pescar (La), 164.
Carreras de caballos, 211.
Carreras de hombres, 206.
Casino de Cazadores de Bagnères de Luchon, por EDUARDO VILAR, 196.
Casino de Cazadores de Valencia. Memoria leida por D. EDUARDO VILAR Y TORRES, 70.
Caza y la pesca en Montenegro (La), por P. C., 11.
Cazador (El) y el mico, 276.
Cazadores (Los Dos), por FÉLIX MARÍA SAMANIEGO, 8.
Cazadores furtivos en embrion, por P. C., 74.
Cazadores supersticiosos, 286.
Cebos de pesca (Los), por V. C., 140.
Cerezas (La Pesca con), 270.
Chocha (La) y los apostaderos de lazos, por AYLLON, 273.
Cierva y la viña (La), por FÉLIX MARÍA SAMANIEGO, 15.
Clausura de la caza en Francia. Última cacería en el castillo de Fontenay-Trésigny, de S. M. la Reina doña Isabel II, por A. T., 30.
Clausura de la caza (La) en la posesion de S. M. la Reina doña Isabel de Borbon, por ERNEST BELLECROIX, 58.
Coca (La) de Levante, 275.
Cocina venatoria y piscatoria, 39, 94, 127, 150, 167, 199, 231 y 278.
Cocodrilos (Los), por GUSTAV JAEGER, 146.
Codorniz (La), por I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON, 110.
Codornices (Entrada de las), por P. FERNANDEZ-MOTA, 76.
Codornices (Lluvia de), por EDUARDO VILAR, 126.
Color de los sedales de pesca, 283.
Comercio de plumas y pieles de avestruz, 243.
Conejo (El), por TORRE AYLLON, 28.
Congreso Venatorio en Sierra Morena, por EL CONEJO DESOREJADO, 244 y 268.
Conservacion de los cebos vivos, 262.
Corcho (La pesca con), por V. C., 20.
Corzo (El), por GUSTAV JAEGER, 186.
Corzos en escucha, por F. C., 145.
Cruzada de la Veda (La), 172, 182, 188, 196, 207 y 214.
Cuervo (El) y el milano, por GUSTAV JAEGER, 74.

D.

- Dañadores salvajes, por J. M. C., 137.
Despertar (El), 124.
Diana cazadora, 282.

E.

- Elefante (El) y el hipopótamo, por GUSTAV JAEGER, 83.

- Erizo de mar (Pesca del), 178.
Errores y preocupaciones de la caza y del tiro, 235.
Escopeta de caza (La), 254, 259 y 266.
Esparavel (La pesca con), por V. C., 57.
Estados-Unidos (Caza en los), 214.
Exposicion universal de perros en Brusélas, 206.
Extremo norte (En el). La lechuza de las nieves, el halcon diurno, la zorra polar, el gloton, el lince, el lemming y el gallo de la nieve, por GUSTAV JAEGER, 178.

F.

- Faisan dorado (El) y el duque de Brabante, por P. C., 118.
Focas (La Caza de), 222.
Focas (Pesca de), por V. C., 242.

G.

- Gacatilla. Al final de todos los números.
Gamo (El), el almizclero, el muntjack, el wapiti, el reno, etc., por GUSTAV JAEGER, 218.
Gamuzá (La), por GUSTAV JAEGER, 138.
Ganga (La), por TORRE AYLLON, 94.
Gorilla (El), por GUSTAV JAEGER, 27.
Gato doméstico (El), por GUSTAV JAEGER, 90.
Gatos domésticos (Los), por J. M. C., 12.
Gatos luminosos (Los), 283.

H.

- Higiene del cazador, 212.
Historia de la caza, por C. T., 17, 25, 33, 41, 50, 66, 73, 81, 90, 97, 106, 113, 121 y 129.
Historia de un perro ambicioso, por F. C., 46.
Hombre y los demas animales (El), por C. V., 6.

I.

- Inteligencia de los pescados, por V. C., 68.

J.

- Jabalíes en el norte (Caza de), por F. C., 34.
Jabato (El), 163.
Jaula de los monos (La), por GUSTAV JAEGER, 130.

L.

- Lenguaje de los pescados, por V. C., 86.
Leon (El), por GUSTAV JAEGER, 9.
Leones (Una aventura de), 159.
Lince (El), por TORRE AYLLON, 7.
Lince (El) ó lobo cerval, 275.
Lobos (Caza de) en las estepas rusas, 274.
Lombrices (Las) consideradas como cebo de pesca, 236.

M.

- Mar Glacial (El). La morsa ó vaca marina y el oso blanco, por GUSTAV JAEGER, 50.

Mergos (Caza de), por F. C., 90.
 Monos sabios (Los), por J. M. C., 2.
 Montería en la Sierra de San Pedro (Una), 284.
 Montería en las Aljarabas (Una), por RETACO, 22.
 Moquillo (El) en los perros, 274.
 Muerte natural de los pescados, 230.
 Municiones de caza (Las), 228.

N.

Nido del pescado arco-iris, por V. C., 98.
 Nilo (En el). El pelícano, el flamenco, el íbis y el marabú, por GUSTAV JAEGER, 115.

O.

Ortega en Rusia (Caza de), por F. C., 26.
 Oso (El), por GUSTAV JAEGER, 107.
 Oso común (Caza del), por J. M. C., 102.

P.

Palomas (Las), por I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON, 260.
 Pardales y monos del Nuevo Mundo (Los), por GUSTAV JAEGER, 67.
 Patos en las lagunas (Caza de), por P. C., 50.
 Perdiz (La), por I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON, 251.
 Perdiz roja (La), por J. M. C., 130.
 Perro de caza (El). Apuntes para escribir su monografía, por J. M. C., 169, 177, 185, 193, 201, 217, 225, 233, 241, 249, 258 y 265.
 Perro que trae á la mano (El), por F. M. C., 110.
 Perro salvaje en África (Caza del), 159.
 Perros de muestra (Los), por GUSTAV JAEGER, 209.

Perros (Los) en la historia, 282.
 Pescados (Los), por V. C., 132.
 Pesquerías de esponjas en las aguas tunecinas, 204.
 Pescados planos (Pesca de los), por V. C., 2.
 Piscicultura (La), 212.
 Plantas carnívoras, 230.
 Pólvera de madera, por X., 79.
 Praderas americanas (Las). El caballo, el bisonte y el lobo, por GUSTAV JAEGER, 34.

R.

Rana (La), por C. L., 14.
 Reglamento de caza, 62, 257 y 278.
 Rinocerontes (Caza de), 270.
 Robo de un caballo en Oran, 196.
 Ruiseñores (Caza y cría de), por A. G. C., 31.

S.

Sahara (El). El dromedario, el avestruz, la gacela y otros antílopes, los ratones saltadores, corredores y berberiscos, el puerco espin, el caracal, el chacal, la zorra del desierto y los buitres, por GUSTAV JAEGER, 226.
 Senado. Sobre la ley de caza y la de pesca, 166.

T.

Taller del artista (El) y gabinete del cazador. El estornino y el perro, por GUSTAV JAEGER, 162.
 Tejon (El), por I. LOPEZ DE LA TORRE AYLLON, 36.
 Tiburones en Polinesia (Caza de), por J. M. C., 20.
 Tiempo en que se puede pescar, por V. C., 110.

Tigre (El), por GUSTAV JAEGER, 123.
 Tigres siberianos (Los), 171.
 Tirada de conejos en los llanos de Camargue, por J. M. C., 114.
 Tiro de balas (El), por el CONDE DE VALMADEA, 23.
 Tiro de escopeta (El), 220.
 Tiro de palomas (El), 204.
 Tiro de Pichon de Madrid, 8, 15, 23, 31, 39, 56, 63, 72, 79, 87, 95, 103, 111, 118, 126, 134, 143, 150, 159, 166, 175, 231, 239, 247, 255, 262, 271, 278 y 286.
 Tortuga comestible (La), 195.
 Trasmallo (La pesca con), 222.
 Trigo como cebo de pesca (El), por V. C., 148.
 Trompa de Lorena (La), 132.

U.

Uro ó toro salvaje (El), 220.
 Urogallo pequeño (El), por GUSTAV JAEGER, 99.

V.

Veda (La), por P. C., 42.
 Velocípedo (El), 140.
 Venado (El), por GUSTAV JAEGER, 18.
 Venganza de un asno (La), 238.
 Vientos favorables para la pesca, por V. C., 118.

Z.

Zorra (La) y la liebre, por GUSTAV JAEGER, 234.
 Zorro (El), por TORRE AYLLON, 154.

ÍNDICE DE GRABADOS.

A.

Aguja (Pesca de la), 281.
 África superior. La cebra, el rinoceronte y la jirafa, 173.
 Al salir los canes de la perrera. Fanfarria, 152.
 Alce (El) y el lobo, 205.
 Alta mar (En). El albatros, la fragata, el pájaro de los Trópicos, las aves de borrasca, el fulmar, la golondrina de mar, los delfines, el pez volador, el bonito, la dorada y otros animales de orden inferior, 45.
 Amor de madre, 65.
 Apertura de la caza (La), 185.
 Apuros de un cazador, 105.
 Australia. El canguro y el ornitorinco, 157.
 Avefrías (La vuelta de las), 104.
 Aves de rapiña con buho (Caza de), 161.
 Avestruz (El), 197.

B.

Batida de lobos (Una), 111.

C.

Camada de lobos (Una), 81.
 Carreras de caballos, 216.
 Cazador (El) amante de los perros, 269.
 Cazadores furtivos en embrión, 73.
 Chocha (La) y los apostaderos de lazos, 273.
 Clausura de la caza (La) en la posesión de S. M. la Reina doña Isabel de Borbon, 61.
 Cocodrilos (Los), 149.
 Corcho (La pesca con), 24.
 Corzo (El), 189.
 Corzos en escucha, 145.
 Cuervo (El) y el milano, 77.

D.

Despertar (El). Fanfarria, 128.
 Diana cazadora, 285.
 Duque de Brabante (El), 120.

E.

Elefante (El) y el hipopótamo, 85.
 Erizo de mar (Pesca del), 177.
 Esparavel (La pesca con), 57.
 Extremo norte (En el). La lechuza de las nieves, el halcón diurno, la zorra polar, el gloton, el linco, el lemming y el gallo de la nieve, 181.

F.

Faisan dorado (El), 120.
 Focas (Pesca de), 245.

G.

Gato doméstico (El), 93.
 Gamo (El), el almizclero, el muntjack, el wapiti, el reno, etc., 221.
 Gamuza (La), 141.
 Gordon setter, 169.
 Gorilla (El), 29.

J.

Jabalies en el norte (Caza de), 35.
 Jabato (El), 168.
 Jaula de los monos (La), 133.

L.

Leon (El), 13.
 Leones en la época del celo (Lucha de), 16.
 Ley (La), 257.
 Lobos (Caza de) en las estepas rusas, 277.

M.

Mar Glacial (El). La morsa ó vaca marina y el oso blanco, 53.
 Mergos (Caza de), 89.
 Monos sabios (Los), 5.

N.

Nido del pescado arco-iris, 97.
 Nilo (En el). El pelícano, el flamenco, el íbis y el marabú, 117.

O.

Ortega en Rusia (Caza de), 25.
 Oso (El), 109.

P.

Pardales y monos (Los) del Nuevo Mundo, 69.
 Patos en las lagunas (Caza de), 49.
 Perdiz (Caza de la), 249.
 Perdiz roja (La), 129.
 Perro clumber, 233.
 Perro coker, 233.
 Perro de San Huberto, 217.
 Perro épagneul, 192.
 Perro grifo, 225.
 Perro harrier, 265.
 Perro hotterhound, 265.
 Perro pointer, 193.
 Perro que trae á la mano (El), 112.
 Perro que trae á la mano, 261.
 Perro setter, 225.
 Perro tejonero ó zarcero, pachon de piernas torcidas, 184.
 Perros bassets, 241.

Perros bracos, 253.
 Perros de muestra (Los), 213.
 Perros perdigueros, 201.
 Pescados planos (Pesca de los), 1.
 ¡Pobre ciervo! 137.
 Praderas americanas (Las). El caballo, el bisonte y el lobo, 37.

S.

Sahara (El). El dromedario, el avestruz, la gacela y otros antílopes, los ratones saltadores, corredores y berberiscos, el puerco espin, el caracal, el chacal, la zorra del desierto y los buitres, 229.

T.

Taller del artista (El) y gabinete del cazador. El estornino y el perro, 165.
 Tigre (El), 125.
 Tirada de conejos en los llanos de Camargue, 113.
 Trompa de Lorena (La), 136.

U.

Urogallo pequeño (El), 101.

V.

Veda (La), 41.
 Velocípedo (El), 144.
 Venado (El), 21.

Z.

Zorra (La) y la liebre, 237.
 Zorro (El), 153.



PERIODICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,
AÑO III. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION.				
	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
Madrid, 10 de Enero de 1880.

REBAJA DE PRECIOS DE SUSCRICION.
Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Peninsula, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

EL AÑO NUEVO.

Antes de emprender nuestros trabajos para comenzar el tercer volumen de LA ILUSTRACION VENATORIA, cumple á nuestros deseos felicitar por el año nuevo á los nu-

merosos camaradas que nos leen constantemente, acogiendo con fraternal cariño las tareas que tan gustosamente les consagramos.

Un deber de cortesía, á que no faltarémos nunca, nos obliga á hacer mencion especial de aquellos de nuestros

queridos colegas, que, siguiendo nuestro mismo camino, nos ayudan y nos favorecen diariamente con sus generosas simpatias, como el *Boletin de la Asociacion de Aficionados á la Caza y á la Pesca de Cataluña*, que se publica en Barcelona; el *Semanal*, de Pamplona, y la *Revista Vena-*



PESCA DE LOS PESCADOS PLANOS.

toria, de Huesca: reciban todos tres nuestros más cumplidos plácemes y nuestras más cordiales felicitaciones, deseándoles mucha prosperidad y muy larga vida.

Poco tenemos que decir á nuestros lectores despues de lo que llevamos hecho en los dos años pasados y de lo que les hemos anunciado para el presente. LA ILUSTRACION VENATORIA aspira á hacerse cada vez más digna del favor de nuestros camaradas, y para ello no ha de omitir gasto ni trabajo alguno por grandes ó penosos que sean.

LA ILUSTRACION VENATORIA es una hija muy querida y muy mimada de nuestro corazon, á quien nos consagramos con verdadero amor, porque nos endulza el alma proporcionándonos muchos deleites y distrayéndonos agradablemente de los dolores ordinarios de la vida, y lo que es más, de los dolores extraordinarios de esta otra vida que llevamos en la loca y turbulenta villa del Oso y del Madroño.

LA REDACCION.

PESCA DE LOS PESCADOS PLANOS.

(Véase la lámina de la página 1.^a)

Para el pescador aficionado hay algunas pescas, como para el cazador algunas cacerías, que no valen el trabajo que cuestan; el placer, la diversion lo compensan todo, ofreciendo en todas las estaciones el recurso de dar unas cuantas horas de esparcimiento al ánimo cansado por las fatigas del trabajo intelectual ó el fastidio y las decepciones de la vida ordinaria.

Niños y hombres, jóvenes y mujeres, reunidos á orillas del mar, conocen muy imperfectamente, por lo comun, los medios de distraerse más allá de un círculo muy limitado de diversiones conocidas de antemano, inscritas en el programa de los placeres diarios que se siguen y se parecen, á pesar de todas las innovaciones.

Los que encuentran monótona la existencia reglamentada tienen siempre á mano, y siempre á su disposición, la pesca, y en ésta la de los pescados planos, que es una de las más divertidas, hasta para aquel que se contenta con el papel de espectador.

Por supuesto que en lo antedicho no tratamos de hablar sino de la pesca que se hace á pié firme; porque hay algunos pescados planos, como el rodaballo, el barbudo y el lenguado, que se mantienen en los fondos y no vienen á las orillas sino con la pleamar hasta cierta distancia, y vuelven á alta mar al momento que el reflujo principia, no quedando rezagados más que los imprudentes, á los que la edad no ha tenido tiempo de dar la experiencia necesaria; mientras que la acedia, la platija, el hipogloso y la latija nadan á algunos centímetros del fondo, se adelantan hasta los últimos límites de la marea, penetran con ella en las bahías, en los ríos, riachuelos y estanques, remontan las corrientes, y no pocos de sus individuos llegan á la zona de las aguas dulces, en las que viven perfectamente.

El pescado plano no gusta de los sitios en que el légamo es muy profundo, y frecuenta con preferencia los fondos de arena, porque goza de la propiedad singular de poder ocultarse en ella con una rapidez maravillosa, ya trate de coger su presa al paso, ya trate de escapar á cualquier peligro.

Para esto principia por hacerse un arco; despues, por un vivo movimiento, agita las aletas que adornan casi toda la longitud de su cuerpo, levanta de este modo una nubecilla de arena, se pega al fondo, y al caer los granos por su propio peso, lo ocultan tan bien que es preciso que el agua esté poco profunda y clara como un cristal para que el pescador atento pueda ver sus dos ojos, que se mueven con una rapidez extraordinaria y que siguen todos sus movimientos.

Cuando se retira el mar y no quedan en los bancos y riberas más que los charcos de agua poco profundos, el pescado no se mueve del sitio en que se encuentra mientras el peligro está próximo. Su pesca es entonces de las más fáciles y de las más divertidas, y los armadijos no exigen ni gasto ni exceso de imaginacion, pues sólo se trata de armarse de algun objeto puntiagudo que pueda fijarse en la punta de un baston ó palo cualquiera, cuando no se tenga á mano un arpon.

Sin embargo, si el pescador se contentara con pasear sólo por la arena é inspeccionar los charcos de agua, con la esperanza de picar un pescado nada más al verle brillar los ojos, las más veces se arriesgaria á volver á su casa de vacío; es preciso decidirse á emplear otros medios, quitarse el calzado, y sea la que quiera la delicadeza del pié, entrar con decision en el agua, pues no puede sobrevenir ningun daño, porque por lo general los pedazos de las conchas están cubiertos de una espesa capa de arena que al retirarse las olas depositan sobre ellas.

Ya en el agua, se debe caminar poco á poco, sin hacer ruido, juntando los piés uno con otro, y moviéndolos mucho al andar. De pronto se sentirá bajo las plantas de los piés un estremecimiento; no es esta ocasion oportuna de asustarse y dar un salto hácia atras, lanzando un grito de espanto, pues esto sería el medio más seguro de dejar escapar el principio de la fritada; al contrario, apoyad los piés, juntadlos, deslizad entre ellos la punta de vuestra arma, picad rápidamente retrocediendo un poco, y cogereis palpitante un hermoso pescado de vientre plateado y costados manchados de naranjado ó negro, segun la especie.

Se comprenderá muy bien que toda esta operacion no presenta grandes dificultades; con alguna práctica, y ésta se adquiere pronto, llegaréis á ser un pescador consumado; pero tened mucha atencion con vuestros tobillos al picar; empezad poco á poco, pues no se escapará el pescado, y en cambio no tendréis la torpeza de causaros una herida.

Cuando el tiempo está despejado, y el agua casi caliente como en un baño, podeis suprimir las armas blancas; entónces bastará con que os remangueis las mangas de la camisa lo más arriba que os sea posible, y cuando al caminar sintais un pescado bajo vuestros piés, os bajais; con la mano buscad el sitio en donde tiene la cabeza, y cogedle por las agallas, apoyando en ellas con fuerza la uña del dedo pulgar, para que el animal no se escape; quizás no lo consigais á las dos ó tres primeras veces que lo intentéis; despues ya seréis todo un maestro.

Esta es la pesca á pié en las arenas; sin embargo, hay otra más productiva, en los riachuelos y canales en que penetran las olas; pero esta exige una red que debe servir, no para capturar, sino para impedir que el pescado vuelva al mar.

Dicha red no es preciso que sea tan grande como un trasmallo, pues basta con que tenga de dos y medio á tres piés de alto para llenar cumplidamente su objeto, puesto que ya hemos dicho que el pescado plano nada siempre á algunos centímetros apenas sobre la arena, y así que siente un obstáculo se detiene, anda, vuelve para encontrar una salida, pero jamas se le ocurre traspasarle pasando por encima.

Así que en el mar se manifiesta el reflujo, lo que es fácil de conocer con sólo mirar las plantas marinas que se inclinan en el sentido de la direccion de las olas, se pone la red en la parte más estrecha del canal ó riachuelo, y se deja ya colocada hasta que baje la marea.

Mientras que haya agua, los corchos se mantendrán á flote; despues, á medida que baja, la red sigue la misma progresion y concluye por formar en el suelo una especie de muralla, en cuya parte de atras se han quedado todos los pescados planos grandes y pequeños que habian penetrado en el canal.

Si la barrera se ha colocado bien, muy pegada al fondo, ninguno escapará. Hecho esto, el trabajo que queda que hacer se lleva á cabo con mayor facilidad con las manos que con las armas puntiagudas, porque la mayor parte del tiempo la arena ó el légamo no tiene la profundidad necesaria para que el pescado se oculte en ella. Por lo regular, casi siempre queda en seco, excepto en las depresiones del terreno, que conservan algunos centímetros de agua.

Entónces es muy fácil el coger, no tan sólo el pescado plano, sino tambien quizás algunas hermosas anguilas ó congrios.

Esta aventura pudiera ser una verdad si os decidierais á intentar una pesca durante la marea de noche.

Para esto no se tiene que cambiar ninguna cosa en el método indicado; basta únicamente saber servirse de la claridad de la luna para efectuar la recoleccion; si no la

hubiera, y esto es aún una ventaja, porque las noches oscuras son las mejores, se pesca con linternas. El espectáculo no será por eso menos pintoresco, ménos fantástico, y no podrá dejar de dar buenos resultados.

Pero como no es tan fácil el apoderarse de una anguila ó de un congrio como del rodaballo y el lenguado, se procurará llevar consigo á los sitios de pesca una ó dos redes y una ó dos cestas cónicas, tan recomendadas en estos casos, pues la anguila y el congrio tienen la vida dura y un amor inmoderado por la libertad.

Si despues de haber ensayado estas pescas os sentís arrastrados por el fuego sagrado, dispuestos á correr las mayores aventuras; si despues de haberos mojado las pantorrillas no retrocedéis ante la perspectiva de un baño completo, el cual, aunque en un principio no sea más que parcial, no será por eso ménos completo en el ardor de la accion, podeis dedicaros á la pesca con arpon en la desembocadura de los ríos. Para esto es preciso que tomeis por guía á un pescador del país, que conozca perfectamente todos los buenos parajes, los fondos y hoyos, á fin de que no tengais la desgracia de que os pesque otro á su vez.

Todo el mundo sabe lo que es un arpon. En cuanto al traje, el más cómodo y propio es el de baño, y que comunmente es de tres clases: traje completo de lana; calzon sencillo, ó un pañuelo atado á los riñones.

Escogido el traje, se entra atrevidamente en el agua, teniendo en la mano derecha el mango del arpon, en sentido inverso del que Neptuno tiene en la suya el tridente, pues con el hierro mirando al cielo, poco sería lo que podriais pescar, y píquese en todos sentidos á derecha, á izquierda, adelante, hácia atras, sumergiéndolo en todos los fondos, que la victoria al fin será vuestra.

Si estais solo con vuestro pescador, quizás os sorprenda el cansancio al poco tiempo; pero si teneis algunos compañeros, y sobre todo espectadoras, resistiréis heroicamente la fatiga, estamos seguros de ello, y vuestro papel de dios marino será para vosotros tanto más glorioso cuanto más os haya costado conseguir el triunfo.

V. C.

LOS MONOS SABIOS.

(Véase la lámina de la página 5.)

No hay en el mundo del saber nada más interesante, más ameno y más instructivo á la vez que recorrer las páginas de ese gran libro donde se halla escrita la historia de la Naturaleza, y sobre todo, las que se relacionan con la vida, los usos, las costumbres y los instintos de los animales creados por la voluntad suprema del Omnipotente.

Lo mismo en el canto del pájaro que se mece en la enramada que en el rugido de la fiera que aumenta con su presencia los horrores y los peligros del desierto, hay algo de poderoso y de sublime que habla á nuestra alma é impresiona profundamente á nuestros sentidos, incitándonos con impaciente curiosidad al estudio, que nos da la clave de tantos enigmas como aparecen con proporciones colosales á la mente, y ayudando al hombre, que es el soberano del universo, á conocer y sacar partido de esos miles de millones de súbditos fieles, auxiliares los unos que buscan su sociedad y su compañía, enemigos implacables los otros, que sacuden el yugo de la servidumbre y que se van allá lejos á vivir en las augustas soledades de la selva.

La supremacía que tiene el hombre sobre los seres irracionales que le rodean la adquirió empíricamente por medio de la observacion, y más tarde, con auxilio de la inteligencia aplicada al conocimiento de sí mismo y de los recursos que puso á su alcance la mano pródiga que subviene á sus necesidades, á sus exigencias y hasta á sus caprichos.

Gracias á las luces de la ciencia y á los tratados de Zoología, hemos aprendido á no despreciar esa multitud de seres modestos que se arrastran humildemente por la tierra, donde desempeñan su mision especial, armonizada en muchos casos con nuestros intereses agrícolas; sabemos que hay multitud de aves, algunas de exterior repulsivo, que considerábamos ántes como una plaga verdadera, y

que son, sin embargo, las que limpian los árboles de larvas, de insectos y de pulgones, á fin de que luego podamos saborear los frutos azucarados en la estación en que los mirtos florecen; hemos descubierto las astucias del zorro, del almizclero y del erizo, para burlarnos de sus planes de ataque y de defensa; no ignoramos el tesoro que lleva oculto esa oruga repugnante y asquerosa, que encerrada mañana en su capullo, hilará la seda que vestimos, alegrando después el espacio con sus colores cuando se convierte en pintada mariposa; podemos ya traducir claramente lo que significa en el lenguaje de las pasiones la brama del venado, el rugido de la pantera y los extraños rumores que produce el cocodrilo al salir de la charca en que se revuelve; el encanto se ha roto, el misterio se ha desvanecido llevándose consigo la preocupación y el oscurantismo, y no ignoramos hoy los climas en que viven, las plantas ó alimentos de que se nutren, las cavernas en que se agitan, las aguas en que moran, ni los espacios que cruzan todas esas inmensas familias de vertebrados, de articulados, de moluscos y de zoófitos, que son las cuatro secciones en que el sabio Cuvier dividió el reino animal, y que luego han sancionado con su aprobación los naturalistas.

El estudio de la Zoología no es un simple pasatiempo ni un adorno supérfluo en la educación que se recibe; es una ciencia útil y necesaria, con auxilio de la cual recorreremos, eslabon por eslabon, esa larga cadena que empieza en el hombre y concluye en el más imperceptible infusorio; ella nos enseña la forma de todos los animales, sus productos, sus instintos, sus hábitos y su organismo, y con ella vamos paso á paso, desvendados los ojos y bien segura la planta, á conseguir el objeto que nos hemos propuesto; realizando los planes agrícolas, económicos, científicos ó industriales que requieren el concurso indispensable de los animales amigos del hombre, y el alejamiento ó destrucción de los que le son adversarios.

Sentadas tales premisas, y demostrada, siquiera sea brevemente, la importancia que concedemos á esta clase de conocimientos, se adivina de seguida la fe, la convicción y el entusiasmo con que abordamos la empresa de dar á luz una publicación como la nuestra, en que á propósito de la caza, de la pesca y de los recreos campestres, habíamos de tratar, si no en absoluto, de soslayo al menos, del origen, constitución y propiedades de los seres destinados al alimento de nuestra pasión favorita.

Andando el tiempo, y en el deseo constante que nos anima de seguir poniendo en práctica el precepto de Horacio para los lectores de LA ILUSTRACION VENATORIA, concebimos el proyecto de hacer un viaje pintoresco é imaginario al rededor de los animales de todas las zonas, para sorprenderlos hasta en las acciones más insignificantes de su misteriosa vida íntima, deteniéndonos especialmente en los más solitarios y montaraces, que por su valor, su magnitud y sus inclinaciones salvajes constituyen el objetivo de esas cacerías en que todo es armónico, á causa de su carácter especial de grandeza, porque es grande el valor y el esfuerzo del cazador que afronta el peligro, grande la pujanza del bruto que se va á combatir, grandes los recursos que se emplean por una y otra parte para alcanzar la victoria, y grandes, en fin, el lugar y los accesorios de la escena en que se verifican esos dramas terroríficos y siempre gloriosos, que no tienen á veces más testigos que los astros de la noche, los secos matorrales de un desierto, ó los témpanos de hielo en donde se aprisionan las aguas de los mares del Polo.

Íbamos, pues, á realizar tan acariciado plan, cuando de Alemania nos envían y nos ofrecen una obra en la que de cierto modo se nos toma la delantera, obra salida de ese activo laboratorio intelectual que funciona de continuo en todo el territorio alemán, allí donde las ideas se conciben, se desarrollan y se maduran con la reflexión, la calma y la profundidad, que son una consecuencia de las brumas espesas y los melancólicos celajes que sirven de aureola al río que guarda en su seno el tesoro de los *Niebelungen*.

El atractivo capital de tan concienzudo trabajo consiste en una colección de primorosos grabados, no de esos que se acostumbra hacer para publicaciones periódicas, sino dignos más bien por su relevante mérito artístico de los honores del cuadro ó de la galería que se forma con

objeto de conservarla entre las tapas aterciopeladas de un rico álbum, como nosotros pensamos hacer también más adelante.

Ansiosa LA ILUSTRACION VENATORIA de dar una prueba más de gratitud á sus numerosos lectores, é impresionada además por la bella inspiración del artista que ha sabido comunicar á su lápiz todo el realismo de los interesantes objetos que sirven de tema á la brillantez de su fantasía, ha adquirido, no sin costosos sacrificios, el privilegio exclusivo de reproducir dicha obra y dichas láminas en toda España, empezando á hacerlo desde el presente número, porque la de hoy es la que sirve de introducción y portada á la serie de grabados y artículos descriptivos que vamos á dar á luz, no después, sino al mismo tiempo que aparece en otras varias naciones de Europa, en distintos idiomas.

La portada es ya por sí sola un destello de la naturalidad y del talento del dibujante que ilustrará las columnas de nuestro periódico.

La composición no puede tener más gracia que la que encierra.

Después del hombre, que forma el orden primero en la escala de los bimanos, el mono es sin duda alguna el animal más inteligente, el que más se nos asemeja, y el que, como dice Saint Hilaire, «conserva, con cierta alteración y como bastardeados, nuestros rasgos esenciales, constituyendo un sér colocado en lo físico y en lo moral, bajo la influencia de una situación media entre tenerse en dos pies ó andar en cuatro.»

Ninguno, pues, mejor elegido que él por su paciencia y por sus condiciones intelectuales para trazar, con su velluda mano sobre ese lienzo mal pegado en el tablero que sirve de telón de boca al escenario, el cuadro donde veremos aparecer á los seres más notables del mundo zoológico de todas las zonas.

Un mono viejo ya y decrepito, á juzgar por su calva y por sus rugosos miembros, se ha encargado de la tarea que ejecuta encaramado en su rústico andamio, mientras los más jóvenes le ayudan á escribir las historias descriptivas que leeremos más adelante. Así como hay correctores de estilo, también hay otro que lleva el compás, corrector material de formas y de dimensiones.

Anunciado ya el objeto, prepárense los lectores á acompañarnos al viaje, exento de los gastos, los preparativos y las molestias que llevan consigo las correrías por lejanos países. Esta instructiva y divertida expedición puede hacerse sin abandonar las comodidades del hogar ni adoptar género alguno de locomoción.

Íremos á encontrar al monarca de la selva, á estremecernos con su espantoso rugido y á presenciar sus tremendas luchas cuando disputa á sus rivales la posesión de la hembra, que aguarda al vencedor en la cresta de la colina inmediata al lugar de la pelea.

A trueque de no poder salir de los intrincados laberintos que forman las lianas y las plantas trepadoras en los bosques de la América del Sur, admiraremos el fiero coraje del gorilla, que debiera ser clasificado entre las fieras más indómitas del universo. De un salto nos trasladaremos después á las junglas de la India, cuyas aguas enturbian con sus continuos baños los hipopótamos en unión de los monstruosos elefantes, y á la vista de los ligeros tigres que atraviesan como exhalaciones aquellas malsanas campiñas.

Si naufraga el barco que nos conduzca y flotan en las olas los mástiles destrozados ó los cadáveres de algunos infelices, veremos acudir al botín una nube inmensa de albatros, de pufinos, de avelocas y de otros pájaros marinos, atraídos por el fragor de la tempestad é impulsados por el instinto que los arrastra al fúnebre banquete.

Una vez en salvo, con la ayuda de Dios y la pericia del capitán del buque, visitaremos las majestuosas riberas del Nilo, y allí, á los resplandores de la luna, veremos desde el ísis sagrado y la cigüeña común hasta el dentado cocodrilo, que se esconde cautelosamente bajo los juncos para sacrificar las víctimas que su insaciable voracidad reclama.

Internándonos un poco en las soledades del Sahara, contemplaremos con horror á legiones de bandidos, así de la tierra como del espacio, antílopes, hienas y buitres cebándose en las carnes y en las osamentas de una caravana aniquilada por el azote mortífero del *simoun*, ese viento de muerte que no deja tras de sí nada que se quede con

vida. En las regiones polares nos sacará del letargo del frío el ruido de las luchas que se traban entre las focas y los osos blancos, ó el aleteo de las paviotas, los frailecillos y los goelandios, que esperan desde lo alto el resultado del sangriento desafío.

En las selvas vírgenes de la incomparable América veremos las piaras de toros salvajes perseguidos en noche oscura por el oso negro, terror y espanto de los hacenderos, que ven diezmados sus rebaños bajo las garras de tan feroz enemigo.

No ya en las sombras de la noche, sino á la clara luz de un sol espléndido, podremos reírnos al ver los gestos de miedo, las contorsiones y la desatentada fuga de los monos que huyen al acercarse el jaguar, cuya hermosa y pintada piel no hace mucha gracia por cierto á los pobres fugitivos, á juzgar por la diligencia con que tratan de poner en salvo su pellejo; y por último, en los campos, ya más seguros, de nuestra Europa, observaremos las fechorías de los zorros, esos infames cazadores furtivos, cuyas armas principales consisten en la astucia y el engaño; admiraremos á los seres que nos ayudan y acompañan en las dulzuras de la domesticidad, sin dejar, por supuesto, de visitar en el monte el poético escondite en que el venado, verdadero sultán de aquellas espesuras, va á reunir las hembras con que ha formado su haren, dándole por morada un palacio con bóveda de esmeralda, con suelo que tapiza perfumada hierba y abriga con perlas el rocío, con arroyos que refrescan el purísimo ambiente, y alumbrado por un sol que abre el broche de las flores é inspira á las aves sus más tiernos y amorosos cantares.

Y veremos más, muchos más espectáculos todavía, que no queremos describir en este prefacio, para que además de su mérito real, tengan luego el prestigio inseparable de toda sorpresa.

Si después de realizado y concluido el viaje por las diversas zonas que vamos á recorrer, asoma una sonrisa de placer á los labios de nuestros camaradas de expedición y nos tributan una sola palabra de gratitud, se verán satisfechas nuestras aspiraciones y nuestra ambición, circunscrita á la frase á que hemos aludido del célebre poeta latino.

El título de la obra que hemos adquirido es el siguiente: *Wanderungen durch das Thierreich aller Zonen von Gustav Jaeger. Mit Bildern von Fr. Specht. Holzschnitte von Adolf Closs*; y la traducción de los artículos que acompañen á cada grabado será hecha literalmente del alemán por nuestro colaborador el Sr. D. Eduardo Mier.

J. M. C.

LAS ARMAS DE CAZA

EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS.

I.

Varias veces se han preguntado los eruditos si el hombre ha sido contemporáneo de esos prodigiosos animales que allá en los tiempos prehistóricos poblaban nuestro planeta. ¿Es posible, se decían, que él, indefenso, desnudo y raquítico, haya vivido en medio de enemigos tan formidables, armados tan poderosamente y provistos de tantos elementos para producir la destrucción y el estrago? Aislado el hombre, ¿qué hubiera podido hacer contra el oso feroz de las cavernas, contra el mastodonte, los monstruosos ictiosaurios y los dinosaurios elefantopus? De estos raciocinios deducían, por regla general, que el hombre no llegó á aparecer sobre la superficie de la tierra hasta que se extinguieron ó trasformaron esas razas de animales tan terribles para su especie.

Hiélase el corazón y erizábase los cabellos al pensar en los tremendos combates que debían trabarse entre esos gigantes de la creación, cuya existencia no se admite todavía sin ciertas reservas y salvedades, á pesar de los argumentos *vivientes* suministrados por Cuvier. La verdad es que el descubrimiento del mastodonte de la Lena, á fines del siglo último, y los posteriores que se han hecho en la Europa mediana, deben de haber convencido ya á los más incrédulos y recalcitrantes en este punto.

Quedaba en pie, sin embargo, el problema de la contemporaneidad del hombre con los seres extraños de aquellos tiempos, problema resuelto hoy hasta cierto lí-

mite, y cuya solución pudo verse en la Exposición Universal de París de 1867 en el primer escaparate de la galería titulada *Historia del Trabajo*. Aquel escaparate contenía cincuenta y un objetos, que eran otras tantas muestras del estado del arte en la humanidad durante la época llamada del reno, y sabido es que un sabio ofreció cuatro millones de reales por lo que consideraba como tesoro inestimable, y que hoy se halla casi totalmente en el museo de San German. Consistían dichas muestras en dibujos grabados sobre piedras squitosas, trozos de marfil procedentes del mamuz, huesos, astas de reñíferos, y armas de caza. Gracias á objetos de edades tan remotas, se operó una verdadera revolución en la ciencia, y no sin razón exclamó entonces el célebre autor de la obra *Aus der Natur*:

«Mientras las miradas de los arqueólogos se volvían hacia Oriente y seguían con interés el curso de las excavaciones en Asiria y en Egipto, esperando hallar algo de concluyente y positivo respecto á la primera condición de nuestra raza, exploraciones semejantes hechas en los depósitos de aluvión y en las formaciones silíceas de Francia, Inglaterra y Bélgica, y en las habitaciones lacustres más viejas de Suiza, de Italia, de Alemania y de Hungría, pusieron de manifiesto la prueba incontestable de que el hombre hollaba ya con sólida planta diferentes comarcas de Europa en una época más antigua que nuestra cronología, y que fué contemporáneo de los paquidermos gigantes, y extinguidos en parte del período post-terciario, y que vivía al mismo tiempo que el gamo monstruoso, el rinoceronte velludo, el oso, el tigre y la hiena de las cavernas.»

Pero ni los descubrimientos de restos humanos fósiles llevados á cabo en 1828, ni los que hizo Smerling cerca de Lieja en sus famosas grutas el año de 1833, fueron bastantes á persuadir á los escépticos, que consideraban los vestigios como *lusus naturæ*. En 1840, no obstante, se excitó vivamente la atención pública por nuevos hallazgos, tesoros inapreciables que nos permiten seguir hoy con seguridad á la raza humana á través de sus diferentes fases progresivas durante la era pre-histórica, incluso el período cuaternario.

Entre los cuadrúpedos europeos sobresalían entonces el mamuz (*elephas primigenius*), cubierto de pelos largos rizados y de una crin muy espesa; el rinoceronte siberiano (*rhinoceros tiorinus*), revestido de una capa semejante al anterior; el hipopótamo, que debió emigrar del Sur por las embocaduras de los ríos; la hiena y el tigre de las cavernas (*hyæna et felis spelæa*); el venado gigantesco (*megaceros bybernicus*); el reñífero (*cervus tarandus*); el uro ó toro salvaje (*bos primigenius et bison europæus*), y además una infinidad de carnívoros, herbívoros, insectívoros y roedores de menor tamaño.

También existía el hombre entonces, aserto que ya no es discutible, en medio de estos seres que nada tenían de idílicos; los relámpagos y los volcanes le habían sin duda familiarizado con el fuego; las raíces y los productos de la tierra los había sustituido con carne, que comía cocida ó cruda, según lo atestiguan diversas osamentas halladas junto á los hogares en que acostumbraba á calentar sus robustos miembros, apenas cubiertos de pieles de algunos animales, cuyos tuétanos comía con delicia, á semejanza de los salvajes americanos de nuestros días. Abundan las pruebas materiales de que después de devorar la carne rompía los huesos con objeto de extraer la médula. Instintos, apetitos y pasiones le daban con el bruto cierta analogía; y á pesar de ello, como ha dicho un célebre naturalista, á pesar del humilde nivel en que estaba el hombre en el período más remoto de su terrestre existencia, es indudable que Dios lo había dotado de una razón que le diese la supremacía sobre los animales del desierto.

¿Y cómo podía resistir á sus ataques, provocarlos y apoderarse de sus despojos? ¿De qué armas se servía para conseguirlo?

Eso es lo que vamos á examinar en el siguiente capítulo.

II.

Es imposible admitir racionalmente que desde luego se presentase armado en la tierra, cualquiera que sea la época en que hiciese su aparición primitiva.

«El hombre en su origen era un sér bruto que arran-

caba ramas de los árboles para pelear con sus enemigos, especie de Hércules mal construido, y sin haber roto aún los lazos que le ligaban con la animalidad»; esto es lo que dicen los cráneos de Neanderthal y de Engis.

Con esas ramas, arrancadas ó recogidas del suelo, que es lo mismo para el caso, debió luchar, después de haberse servido, y poderosamente sin disputa, de piedras desprendidas á causa de influencias atmosféricas, y segregadas por él de una masa peñascosa cualquiera.

Largos, larguísimos intervalos hubo entre esos tiempos y el período que los geólogos llaman cuaternario. Y en efecto, ¿cuántos y cuántos años no necesitaron nuestros ascendientes para coaligarse contra los animales y domarlos, para fabricar la primera cuchilla de piedra, descubrir el uso y las aplicaciones del fuego, é inventar los rudimentos de las industrias y de las artes!

Si es enorme la distancia que hay entre la época en que el hombre se valía de la rama vegetal en bruto, ó del guijarro que encontraba á la mano, y la en que usaba la madera labrada en forma de maza y el guijo cortado y afilado, ¿cuánto más inmensa no es la que existe entre la edad presente y aquella en que nuestros padres se servían de la piedra fija en un mango, ó puesta en la cuerda de una honda! En los tiempos del reno estaba ya relativamente muy adelantada la especie humana, y así lo atestiguan las cincuenta y una reliquias de la Exposición de 1867, entre las que había un bastón de mando, ó sea el símbolo de las sociedades organizadas y constituidas.

Aquí, sin embargo, vuelve á reaparecer la cuestión del principio. ¿Cómo, aun con armas perfeccionadas, podía el hombre hacerse lugar en medio de los temibles animales que le rodeaban? ¿Cómo se sustrajo á sus sangüinarios apetitos? ¿Cómo con un pedazo de madera ó de pedernal se atrevió á demandarles su propia subsistencia? Para el que ha estudiado y examinado comparativamente no es difícil la respuesta, y un conocido autor la ha formulado ya en términos claros y precisos:

«Cuando consideramos, dice, que los hombres primitivos, con sus armas desiguales y deleznales tenían que cazar seres tan gigantes como los mastodontes, y disputar su vida y sus carnes á los más rapaces, es casi maravilloso que haya podido mantenerse amenazado de continuo por adversarios tan formidables. Preciso es recordar, para explicarnos el hecho, que en el caso de nuestros primeros abuelos, como en el de las tribus incultas de la edad presente, los instintos que guían hasta á los mismos animales estaban desarrollados hasta un grado inconcebible de energía y de destreza, de manera que podían subvenir á sus necesidades y precaverse de los peligros. El pensamiento, la inteligencia dió ya á las razas humanas primitivas una superioridad bastante apreciable sobre la fuerza bruta de los animales inferiores.»

Idea exacta y verdadera.

La facultad de sufrir, adquirida en un género de vida pasada al aire libre, parte en lo más intrincado de espesos bosques, parte en las profundidades de las cuevas, y la agilidad y maestría en el manejo de sus pobres armas, suplían algo, sobre todo tratándose de un ataque combinado, á nuestras terribles máquinas de fuego. Perseguidos con ardor y sin descanso, los animales heridos y faltos de fuerzas concluían por caer en manos de los infatigables cazadores. La caza para el hombre debió de ser uno de los móviles originales de la asociación, como asimismo la pesca. Cuando se piensa en la miserable subsistencia que ofrecía la flora de aquella época, ¿puede acaso dudarse de que la mayor parte de nuestros antepasados fueron cazadores y pescadores? De manera alguna.

Es cierto que capturaban muchos animales en trampas y fosos, según se practica hoy en África y en otras regiones; pero también lo es que los mataban igualmente con sus dardos, sus hachas y sus flechas.

¿No vemos hoy á los esquimales, secundados tan sólo por sus fieles perros y armados sencillamente de arpones guarnecidos de huesos de pescado, desafiar y vencer al oso terrible que vive en los mares del Polo? ¿No vemos al indio de las montañas Rocosas provocar más bien que rechazar un combate con el formidable grizzly? El hotentote, por su parte, emprende bravamente la pelea con el león y el rinoceronte, porque el artificio y la perseverancia aseguran siempre al hombre en todas partes el po-

der y el predominio sobre los animales del bosque y del desierto.

Antes que esos que llamamos salvajes se pusiesen en contacto con los europeos, no usaban otras armas, á excepción de los americanos del Norte, dueños ya de hachas y de cuchillos de cobre, que el simple arco y la flecha, la lanza y la jabalina. En las minas de cobre situadas junto al lago superior en la América septentrional se han encontrado diversas armas de piedra ó de cobre en galerías abandonadas desde tiempo inmemorial, sin que haya podido definirse la época exacta de su origen.

Todas las armas de los antiguos, puñales de hueso ó de cuerno, mazas y lanzas, son idénticas á las que hoy se usan en Australia; las mismas, por consiguiente, que las de que se sirven en nuestra época las hordas humanas más salvajes. No hay, pues, motivo para dudar que los aborígenes de otros tiempos hayan tenido ménos destreza en el manejo de esos instrumentos que la que tienen hoy los pueblos autoctones de África, de América y de Australia.

Si hemos de dar fe al relato de los viajeros, es prodigiosa la maestría de las razas no civilizadas en el ejercicio de las armas primitivas. Los indios americanos atraviesan de parte á parte á un bison con flechas lanzadas desde enormes distancias, y lo mismo ejecutan los indígenas del cabo York en Australia, conforme lo demostraron en el viaje que hicieron á Inglaterra el año de 1853. Sin apuntar, sin mirar apenas, derribaban á veinte pasos un objeto muy chico colocado en la punta de un palo, acertando siempre y sin error nunca. Matan los pájaros en su país á la misma distancia, y los naturales de Victoria entran en el río Murray con un chuzo en la mano, y no salen jamás del agua sin traer un pez atravesado. Así acontece con los indígenas de Patagonia y con los indios de California.

La habilidad de los insulares del mar del Sur es tal, que bajan á los arrecifes de coral, y saltan los ojos á los pescados que allí encuentran, apoderándose de ellos por medio de tan extraño procedimiento.

Los naturales de la Tierra del Fuego tienen un tino especial para tirar piedras; el hotentote acierta á los animales más chicos á cincuenta metros de distancia con su palo corvo; el gaucho hace prodigios con su lazo, y el patagón no es ménos hábil en el manejo de las bolas con que estrangula al puma, ó sea al león americano.

¿Por qué hemos de rehusar á los hombres primitivos del período cuaternario la capacidad y las facultades que tienen los salvajes de estos tiempos? Las muestras de arte expuestas en 1867 eran, en cuanto á los objetos de pedernal, un modelo de perfección, y respecto á las flechas, había algunas con más de doscientas escamas superpuestas, sin que se viese allí el rastro de la mano trabajadora, ni la última huella de lo finito.

III.

La cuestión de las armas ocupa un lugar muy preferente en la historia del desarrollo de nuestra raza; y á los que crean que esto es una paradoja, recordáremos la frase de un escritor profundo y concienzudo, que dijo en 1846:

«El hombre ha conseguido llegar á su grado actual de civilización por la fuerza y por el perfeccionamiento de sus armas.»

Después de leer, de viajar y de comparar mucho, se comprende cuánto de verdad hay en las palabras que hemos copiado, y ahí están los anales de todos los pueblos para justificar el aserto.

Y aun hoy mismo ¿no se manifiesta acaso el progreso humano por el poder y el prestigio de las armas, de guerra sin duda, pero que ántes lo fueron de caza? Su invención, su fabricación y su mejora, hé aquí los primeros vagidos del arte en el período de su infancia. Mientras las armas son mejores y más cuidadas, ménos incultos son los hombres que las poseen y las manejan; y en este punto los que vivieron en la época cuaternaria estaban tan adelantados, por lo ménos, como los de las tribus salvajes descubiertas en el nuevo mundo el siglo xvi de nuestra era cristiana.

Se sabe perfectamente y se ha visto que en épocas remotísimas había flechas de cuerno con la punta en forma de sierra, algunos de cuyos dientes estaban huecos como para servir de recipiente á sustancias venenosas. El nú-

mero de dientes era de cuatro á seis, puestos alternativamente de cada lado. Estos instrumentos se aplicaban á la caza como á la pesca, y son semejantes á los que usan hoy los esquimales y los insulares del Pacífico.

Puede y debe suponerse que la mayor parte de los instrumentos de piedra de la edad primitiva eran armas arrojadas, como lo son de hierro las similares que hoy se usan en Africa, por ejemplo, el *lissam* ó maza corva de

los negros del Africa central, y su análogo el *bungamunga* de los tibous, que habitan en la parte sudeste del Sahara. El *boomerang* de los indígenas de Australia es tambien un arma arrojada de que se servian los antiguos cazadores



LOS MONOS SABIOS.

de pájaros en Egipto, y no puede dudarse de que la eficacia de un pedazo de piedra ó de madera lanzado diestramente, sea menor que la de un trozo de hierro ó de otro metal cualquiera. Es inútil pretender que los aborígenes de los primeros tiempos debieron hacer uso de armas pe-

sadas, porque las que han sido descubiertas demuestran suficientemente que sus poseedores podían luchar con ventaja con los seres colosales de aquella época, envuelta en las nebulosidades de lo poco conocido. Además, los animales de mayor magnitud podían ser cogidos en lazos y

trampas, como lo son hoy el bisonte, el rinoceronte y el elefante. Pues qué, los habitantes de la Groelandia ¿no atacan en nuestros días á la ballena y al oso polar armados con un sencillo arpon de hueso ó de piedra? En las costas paralelas del estrecho de Bering, los chicuelos de doce

á catorce años ¿no dan caza á los osos, provistos de unos chuzos groseramente trabajados?

El hombre primitivo debió asociarse á sus semejantes para cazar, como lo hicieron los salvajes africanos del Norte, y lo hacen aún los ribereños del río Inkon, formando cotos cerrados con lianas y con estacas, y empujando hacia esa especie de corrales á las piezas de caza mayor con la gritería, el estruendo y los golpes de nuestros ojeadores. La liana debió inspirar al hombre el uso de los coletes, conocidos en todas las comarcas más ó menos cultas. Del colete á la red no hay más que un paso, ó por mejor decir, una malla más. Un hueso de ave suministraba la aguja, y un nervio animal daba el hilo necesario á la manufactura.

Mucho pueden hacer y han hecho siempre con sencillos utensilios las razas menos civilizadas de la humanidad. Así es que los cuchillos y puñales de piedra obsidiana ó volcánica son raros en Méjico, y en ciertos casos se les prefiere á los de hierro. Los cazadores de la tribu de los Damaras destrozan sin dificultad elefantes y jirafas con instrumentos miserables, compuestos de pedazos de hierro atados toscamente á un mango de palo, mientras que los europeos nada consiguen valiéndose de cuchillos de primera calidad. Los cafres tienen una destreza especial para acertar con sus tiros un objeto cualquiera colocado á veinte ó treinta pasos de distancia. Empuñan la azagaya con la punta hacia adelante, alzan la mano á la altura del hombro, retiran el brazo hacia atrás, y luego la arrojan con gran fuerza, yendo en línea recta y vibrando por el aire al sitio que el tirador se propone. No de otra manera lanzaban los soldados romanos su famoso *spiculum*.

Resumamos para concluir. Si no se puede determinar con entera certidumbre el modo con que el hombre primitivo cazaba á sus contemporáneos los megaterios, ¿puede suponerse que se servía de armas más poderosas que las encontradas por los arqueólogos? Es evidente que no. Estas armas debían bastarle, puesto que sirven en nuestros días á los salvajes para la destrucción de animales menos temibles. La necesidad le sugirió la destreza, y la destreza le inspiró el perfeccionamiento. Después de elegir como arma primera el guijarro cortante, aprendió á afilarlo, y por último le puso un mango á fin de manejarlo cómoda y seguramente. Al reflexionar que los animales corrían, comprendió que los proyectiles podrían alcanzarlos, y de aquí nació el uso del arma arrojada. Un poco más tarde surgió el arco, que envía la flecha á enormes distancias, idea fundada en la naturaleza misma, como la del colete y la red. El hombre contempló el arqueado de las ramas de los árboles y el de los sarmientos de las vides parásitas, se penetró de la fuerza elástica que de ello resulta, echó mano de lianas ó de tiras de piel para la cuerda, y quedó construido el arco con flechas de punta de pedernal. Poderoso y bien armado contra sus enemigos, operóse entonces una revolución no menos fundamental que la que se ha operado en nuestros días al ser inventada la pólvora para la artillería gruesa.

Pero ¿qué cúmulo tan inmenso de años ántes de llegar desde el hacha de piedra hasta el arco!

¿Y cuánta oscuridad y cuántos siglos desde el arco hasta la escopeta perfeccionada de Lefaucheux?

C.

EL HOMBRE Y LOS DEMAS ANIMALES.

Para caracterizar nuestras extravagancias, nuestros vicios ó defectos, tenemos la manía de compararnos á los animales, y esto casi siempre en condiciones poco lisonjeras para ellos, ya sea bajo el punto de vista de aforismos, ya de refranes los más absurdos y menos justificados del mundo.

En efecto, para hacer el elogio más entusiasta de una persona se dice, *es un águila*; hablando de un imbécil, *es un ganso*; de un ignorante, *es un asno*; de un vanidoso, *es un pavo real*; de un hablador, *es una urraca*; y tantas otras tonterías que, después de todo, no tienden á probar más que una cosa, que el hombre colecciona con gusto las ridiculeces y los defectos repartidos en el resto de la creación.

Dice Buffon que el águila es la reina de las aves, cosa que no creemos ponga en duda nadie. ¿Pero con qué títulos? ¿Es por acaso más inteligente, más valerosa, más noble que el halcón, el esmerejón ó cualquiera otra ave de rapiña ó carnívora? No: únicamente es más grande, más fuerte; tiene un estómago más vasto que rellenar; para arrebatarse un cabrito, más anchura de alas; garras más poderosas que el gavilán, que se sacia con media perdiz ó una alondra, y nada más.

Sin embargo, debemos confesar en descargo de nuestra conciencia, que desde los tiempos más remotos, el águila goza de una consideración extremada. Júpiter tenía un águila, á la que quería mucho, á la que confiaba el rayo cuando se hallaba ocupado en otros asuntos, lo que, según las apariencias, debía sucederle á menudo, gracias á sus variadas y jocosas metamorfosis.

Ahora bien; ¿procede de esta antigua y poderosa tradición olímpica la razón de que los césares, los emperadores, los grandes de la tierra, en una palabra, hayan hecho y hagan aún del águila el emblema, el signo augusto de su poder? A la sombra de las águilas romanas es como Julio César recorrió las Galias. La Prusia tiene su águila negra; la Polonia, su águila blanca; Austria, su águila de dos cabezas. Nosotros no tenemos nada que decir á esto; pero cuando oímos repetir á cada paso que un caballero cualquiera es un águila, nos dan ganas de reír.

De Onquaire ha escrito un libro curiosísimo y encantador, titulado *Hombres y bestias*, en el que á cada página se echa de ver el ingenio y el buen sentido. Con respecto al águila dice lo siguiente: «Cuando oís exclamar á alguno, hablando de una persona, *¡que es un águila!* tened por seguro que puede muy bien traducirse por *¡es un imbécil!*»

Para nosotros significa sencillamente que la exageración del elogio es causa de un grave daño al mérito verdadero.

Igualmente, ser un ganso es una comparación falsa de todo punto, pero en sentido inverso de la de «es un águila».

Animal como un ganso es una calumnia; no ser bueno más que para guardar gansos, una tontería sin sentido común. El ganso, muy al contrario, es muy capaz de guardarnos, y nuestros mayores lo aprendieron á su costa.

«Los galos, conocedores, dice un historiador contemporáneo, del sendero que conducía al Capitolio, suben por él durante la noche. Todos los centinelas dormían; los gansos consagrados á Juno velaban únicamente. A la presencia de los invasores, gritan, y el cónsul Manlio se despierta, pide socorro, da la voz de alarma, y el Capitolio se salva.»

En conmemoración de este gran servicio, cada año se paseaban en triunfo los gansos sagrados en Roma. En la actualidad los pobres animales nos dan excelentes plumas para los colchones, succulentos *patés de foies gras*, y por gratitud se les calumnia haciéndolos el emblema de la tontería humana.

¡No! el ganso es un animal hermoso, está conformado para volar y nadar. En su estado doméstico, bastardeado, cargado de grasa, de una gordura anormal, es pesado y torpe en sus movimientos. Pero contempladle en su estado salvaje; menos brillante que el cisne, su plumaje gris es modesto, distinguido; su cuello, menos largo, está mejor proporcionado; su cuerpo es más esbelto, más gracioso, aunque tenga mucha menos majestad.

Con respecto á la parte moral, el ganso es prudente, atrevido, inteligente, cariñoso y fiel, por supuesto, si se le manifiesta afecto, si se le cuida bien; y como una prueba, vamos á referir una historia moderna de esta ave.

No hace muchos años que en los alrededores de Saint-Mandé vivía un anciano vendedor de caballos, que tenía un ganso llamado Coco. Este animal poseía una inteligencia que llamaba la atención de todos, hasta el punto de asemejarse por su afecto y amistad al perro más cariñoso. El chalan no podía dar un paso sin tener á Coco á su lado; el mismo San Roque no había tenido un compañero más fiel.

El vendedor de caballos, cuando tenía que ausentarse, se veía obligado á encerrar á Coco ántes de ponerse en camino; á su vuelta los gritos, los gemidos y el movimiento de alegría de sus alas no tenían fin.

Cuando el chalan tardaba en levantarse por la mañana, Coco, inquieto, subía á despertarle, dando fuertes picotazos en la puerta.

De vez en cuando Coco tomaba café con su amo, sin olvidar su gota de coñac, y esto principalmente los días en que el vendedor de caballos tenía convidados.

Por la noche, en las cuadras, si los caballos se peleaban, Coco ponía paz. No vaya á creerse que era jurando ó á latigazos, sino con sus gritos y aletazos, aturdiendo á los combatientes ó despertando á los mozos de cuadra. El pobre animal ha muerto ya: el sentimiento que esto produjo fué general.

En el campo, en las granjas, en los molinos, en casos de incendio, de ladrones, los gansos dan la voz de alarma mucho ántes que los perros de guarda.

El ojo vigilante del ganso descubrirá el peligro de muy lejos; en estado salvaje, no hay ave más difícil de sorprender. Ya sea en el agua, ya en el campo, una bandada de gansos tiene siempre centinelas avanzados, que velan por la vida de los demás, y que, al menor asomo de peligro, dan la señal de retirada.

¿Cuántas veces en las guerras de guerrilla, en los puestos avanzados hubieran sido preferibles á los centinelas de ejército! Ahora bien; ¿no es adular á un imbécil llamarle ganso?

Por más que hemos procurado investigar la causa, es lo cierto que hasta ahora nos ha sido de todo punto imposible saber el motivo por qué el asno tiene la preferencia de servir de emblema á la tontería humana, y por qué se tiene tanta ojeriza á este animal tan bueno, tan paciente, tan sobrio y tan útil. ¿Despreciarán los hombres hasta en los animales á los que les sirven mejor y con menos gasto?

Esto no vaya á creerse que lo decimos nosotros; lo dice Buffon. Ahora, ábrase un diccionario cualquiera, y encontraremos en él, con referencia á nosotros, las siguientes frases:

«Terco como un asno; serio como un asno; malo como un asno.» Si el asno supiera todas estas cosas, ¿cómo se reiría! Además, debemos tener en cuenta las orejas de cartón, llamadas orejas de asno, usadas como castigo en las escuelas para los niños perezosos. Verdaderamente es demasiado para un solo animal.

«Si, como dice Buffon, el asno es bueno, paciente, sobrio y útil, naturalmente se abusa de él y se le desprecia. ¿Qué relación puede existir entre el hombre-asno ó el asno-hombre si os gusta más así?» Con este motivo dice de Onquaire: «El asno humano es un mortal de pasiones mezquinas, de ideas limitadas y escaso juicio; si es malo, es por tontería; ignorante hasta el extremo, no tiene noción alguna de las cosas más elementales; es perezoso y terco.»

«Todo lo que toca lo destruye, y sin embargo, su tendencia es de recomponerlo todo. Es el que habiendo roto un busto, pega la cabeza del reves, la nariz en una oreja, vuelve otra vez á poner el objeto en su sitio, y dice después frontándose las manos de gusto: «¿Qué bien está; ha quedado como nuevo!»

¿Quién ha hecho del chorlito un tipo de irreflexión, aturdimiento y ligereza? ¿Es acaso porque una bandada de chorlitos, ántes de posarse en el suelo, de pararse en un árbol, da vueltas y vueltas, ya alejándose, ya volviendo?

Pero estas vueltas no son más que medidas de prudencia; ántes de tomar un partido se trata de convencerse que no hay ningún peligro que temer; y ¿es por esta causa por la que se llama chorlito al hombre ligero, inconsiderado, que no calcula ni razona ninguna de sus acciones? Esto no es más que un absurdo.

Enjaulado, el chorlito aprende á silbar agradablemente, hasta á hablar; entonces tiene el privilegio de ser la alegría de la casa modesta, de la tienda de ultramarinos.

Pero el estornino goza de una ventaja, en nuestra opinión, mucho más seria que la de distraer algunos momentos la casa de un pobre, ventaja de la que estamos seguros quisieran gozar las perdices, los faisanes y las chochas. Su carne es detestable y más amarga que la de la misma urraca, por cuya razón disfruta en el campo de una seguridad relativa, no porque como insectívoro se halle clasificado entre las aves útiles, sino porque no se puede comer.

Hablando de un hombre cobarde, se dice: es pusilánimo.

me como una liebre. Tomar á la liebre por el prototipo de la cobardía no nos parece una idea muy feliz.

En efecto, la pobre liebre tiene enemigos encarnizados que á cada momento se gozan en darle muerte; ¿cómo extrañar que se asuste de una hoja que el viento mueve en el monte, de la bellota que cae al suelo? Y sin embargo, se compara con ella al hombre miedoso que se asusta de todo, sin saber por qué. Entónces, ¿qué pensar del leon, de ese rey del desierto, que con un sencillo látigo domina cualquier mortal, al que podría deshacer con un simple capirotazo? Este sí que es un cobarde á todas luces.

Ademas, que el miedo no es más que una cuestion de temperamento, y por el que no se puede censurar á nadie. Cuando se tiene miedo, ha dicho Voltaire, se vuelve uno más dulce.

En la mujer, sobre todo si es jóven y bonita, el miedo es un defecto encantador. ¿Hay alguna cosa más agradable y más deliciosa que una mujer jóven y linda, que se acerca á nosotros, diciéndonos: «Tengo miedo!»?

Hércules hizo muy bien en destruir las amazonas.

C. V.

LOS CABALLOS DEL NILO.

África es el país más á propósito del mundo para que los cazadores puedan desarrollar sus instintos y dar rienda suelta á sus aficiones, cualquiera que sea el género y la clase á que pertenezcan dentro del arte, y el Egipto, una de las regiones en donde más probabilidades encuentra el hombre, no sólo de ejercitar su puntería, sino de dar muestras de serenidad y arrojo, combatiendo con los monstruosos animales que pueblan las inmensas llanuras del Soudan.

Las riberas del rio Azul están llenas de enormes hipopótamos, que no dejan de afrontar el peligro, ni rehuyen el combate, dando lugar á escenas terribles que se renuevan en aquel país con la frecuencia que se suceden los días y las apariciones del sol.

Vamos á referir á nuestros lectores el dramático episodio de una reciente cacería, dejando la palabra al actor principal de ella, para no despojar del mérito y de la originalidad que tiene su sabroso relato.

Oigámosle pues:

«En una deliciosa mañana del mes de Marzo de 1878, mi *rouge* (barco pequeño de un solo palo) subía la corriente del rio con viento por la popa, dirigiéndose á la aldea de Taibe, hospitalaria como lo son todas las árabes, donde esperábamos encontrar leche pura y un buen *chourma*, nombre que dan los orientales á los carneros asados sin descuartizar, porque estábamos hartos de carne de gacela curada al sol y rociada con zumo de naranja.

«Los primeros rayos del sol doraban ya las copas de los altos bambúes, cuando el piloto que manejaba la embarcación me dijo en voz baja y casi imperceptible:

«—Mira, señor, ahí tienes seis *caballos del Nilo*, el viejo, su hijo y las hembras del haren.

«Con auxilio del antejo vi entónces lo que ántes había tomado por un grupo de rocas negruzcas, es decir, una manada de siete hipopótamos, llamados en el país *caballos del Nilo*, que dormitaban aún en un islote de arena situado en medio del rio. Rápidamente y sin hacer ruido cambié el barco de rumbo á una órden mía, dirigiéndose hácia dicho islote para ver de colocar un par de balas de la manera más ventajosa posible.

«Ya podía distinguir á la simple vista que los dientes del animal más corpulento de todos eran gigantesco y retorcidos hácia atrás, cuando la manada se levantó de repente, desperezándose y soplando por los hocicos con un ruido semejante al que produce el vapor al escaparse por una chimenea. El macho me presentó el costado derecho, disparé mi escopeta, y se oyó ese golpe especial que produce un cuerpo pesado al caer en el agua, miéntras los árabes gritaban con toda la fuerza de sus pulmones:

«—¡Madraib! ¡madraib!

«Que quiere decir *herido*. Los hipopótamos desaparecieron como por ensalmo, pero se veían en el aire la espuma y las gotas del agua que salpicaba, apareciendo la superficie del rio oleosa y agitada por todo extremo.

«Apénas acababa de cargar la escopeta, cuando á pocos pasos de mí surgió del fondo del agua una gran masa

rojiza con las patas hácia arriba; pero ántes de tirarle, un cazador negro llamado Alí descargó sobre ella los dos tiros de su carabina, cargada con balas y balines. Volvióse el monstruo como impulsado por una conmoción eléctrica, y con las fauces abiertas, rugiendo y vomitando sangre y agua, se dirigió línea recta al barco, cuya tripulación saltó inmediatamente en tierra, para ponerse á cubierto de aquel formidable ataque.

«Alí y yo nos quedamos solos á bordo, y al disponerse el monstruo á agarrarse á una de las bandas le disparé un balazo al cuello, porque no quería tocarle al cráneo. Zambulle de nuevo y reaparece á veinticinco pasos de distancia en medio de un remanso, donde se revolcaba con furia lanzando espantosos gemidos. Indudablemente estaba herido de muerte, circunstancia que envalentonó á los fugitivos, porque desde la orilla comenzaron á hacer un nutrido fuego, hasta que el animal cesó de moverse.

«El estruendo de las detonaciones atrajo á la orilla á las gentes del pueblecillo inmediato. El bello sexo, por cierto en traje muy ligero, era numeroso, y gritaba desahogadamente deshaciéndose en insultos contra el hipopótamo que acababa de morir. La más animada de todas las mujeres era una jóven lindísima, viuda de un *sajat* (cazador que arponea los hipopótamos y los cocodrilos), el cual había muerto bajo los dientes del mismo animal que habíamos dejado sin vida.

«Aquella mujer, que con su pintoresca cabellera y con la postura que había tomado, unido al color de su tez, parecía una estatua antigua de bronce, exclamaba con apasionada vehemencia: «¡Dios es justo! ¡Ah, perro infame, bandido maldito! Ahora pagas lo que debes, y yo quedo vengada de la muerte de mi marido.»

«Y como remate de la alocucion, le tiró una piedra.

«Yo miraba con curiosidad tan singular escena, cuando de pronto, y excitado sin duda por el guijarro, salió del agua otro hipopótamo.

«El disparo de mi escopeta interrumpió el clamor de aquella honorable asamblea, que gritaba entusiasmada:

«—¡El *bint*! (esa es la hembra).

«Y la hembra desapareció, miéntras que el tinte rojizo de la superficie agitada del agua, y las burbujas de aire que subían del fondo, demostraban que el proyectil se había alojado en buen sitio.

«Los movimientos del herido se fueron haciendo cada vez más lentos, hasta que al fin se le vió sobrenadando á flor de agua, dejándose arrastrar por la corriente no lejos de la ribera. La gente se puso á seguir el cuerpo del monstruo, con intento de apoderarse de él así que llegase á un sitio donde hubiera poca profundidad.

«El sol estaba ya á bastante altura en el horizonte, y salí del barco para acampar á la sombra. El calor era sofocante, y una hora despues los árabes me sirvieron un exquisito *marara*, ó sea hígado crudo de carnero aderezado con cebolla, pimienta del país y zumo de limon, y para beber, una gran calabaza llena de leche agria. Tomado este refrigerio, y estando sorbiendo una taza de café y fumando una pipa, oí un grito lejano, presentándoseme la interesante viuda ya citada á decirme que los del pueblo se habían hecho dueños del macho y de la hembra, que los estaban despedazando y que deseaba que yo le diese el corazón del hipopótamo que había matado á su marido, para tener la horrible complacencia de mascar este sangriento despojo.

«Monté al punto en uno de los asnos que tanto abundan en Egipto y fuí al lugar designado, mandando dar á la viuda lo que quería, lo cual agradeció dando gritos de júbilo feroz.

«Yo recibí una gran cantidad de carne y los dos cráneos, como recuerdo de tan arriesgada cacería, emprendiendo mi marcha á las comarcas interiores, en busca de las bandadas de aves que ya se movían del lado de las orillas del mar Rojo.»

J. C.

EL LINCE.

Este animal pertenece á la familia felina, y es conocido más bien con el nombre de *gato cervical*, ó por el de *lobo cervical*, segun otros. Habitante en algun tiempo de toda la Europa y Occidente de Asia, la civilizacion ha reducido

su territorio, pues apénas se le encuentra en el norte de Europa; en el centro de la misma, sólo en Suiza, Tirol y Stiria lo hay; pero es muy raro, de modo que está reducido á la Europa meridional, á Hungría, Rusia, Gallitzia, á los países del Cáucaso y á la Siberia.

En España es bastante frecuente en los sitios muy abundantes de caza. Sin embargo, esta frecuencia es relativa, porque el lince es un animal siempre raro, por las circunstancias que más adelante veremos.

Este hermoso animal, siendo adulto, mide 70 centímetros de altura y 85 á 90 de largo, y la cola, que es más corta que en todos los gatos, tiene una longitud de 14 á 18 centímetros.

Su color es bermejo con manchas negras listadas y amiladas. En las puntas de las orejas tiene un mechón de pelos negruzcos.

La hembra es algo menor y tiene la cabeza más fina que el macho. En ambos tiene forma idéntica á la del gato; solamente el hocico es algo más prolongado.

Los ojos son grandes, saltones y redondos; la pupila, verde-amarillenta y muy brillante de noche.

El color de su piel en el dorso es más oscuro y va aclarando hácia los costados.

Las patas son tan recias como las del lobo, pero más cortas, y las manchas de su piel son más pequeñas á medida que se van acercando á los piés.

Su *vista* es tan penetrante y fina, que se ha hecho proverbial; el *oído* es muy delicado, pero en cambio los *vientos* son más buenos. Pero con los dos primeros sentidos tiene suficiente para burlar la vigilancia del cazador; ademas, su astucia por sí sola basta á librarle de la mayor parte de los peligros que le rodean y facilitarle la presa.

El sonido que produce el lince se parece, segun afirman algunos cazadores, al aullido del lobo; jamas he tenido ocasion de oír al lince, á pesar de haber vivido algunos años en montes donde era bastante frecuente.

El lince esconde su excremento como los gatos, escarbando la tierra y cubriéndolo con ella. Éste tiene siempre pelos y plumas de sus víctimas.

El celo tiene lugar en el mes de Febrero. Nueve semanas son suficientes á la hembra para dar desarrollo á sus crías, que vienen á nacer por fin de Abril ó principios de Mayo, en número de tres, ó cuanto más cuatro, y los deposita en las quiebras de las peñas, ó en la cueva de algun tejón. Nacen ciegos y abren los ojos al noveno día. Maman seis ó siete semanas, y así que se sienten fuertes, salen con sus padres para aprender á matar.

Este período de la vida del lince es en extremo curioso; las primeras lecciones de caza empiezan por animales pequeños, indistintamente de pluma ó de pelo. El conejo, la perdiz, la chocha y las comadreas son las primeras víctimas de sus ensayos; más tarde, la liebre, los corcillos y los jabatos, y por último, los corzos, gamos, etc.; en fin, no hay animal montés, por grande que sea, que no esté expuesto á sus ataques. El jabalí, ese hurao habitante de nuestras sierras, no lo está ménos que los demas.

El lince sale á cazar así que llega la noche; colócase sobre una peña ó sobre una rama gruesa, y espera el momento en que pasa su víctima, sobre la cual se arroja, clavándole sus fuertes colmillos en el cuello y las uñas en el cuerpo, si el salto se verificó desde una rama ó peñasco; otras veces se oculta en el hueco de un árbol ó detras de una mata, y al llegar su presa da un salto, clavándose á la garganta y degollando á su víctima.

Si el blanco de sus ataques es una res mayor, como un venado, una cierva ó un jabalí, queda el lince clavado sobre su presa, hasta tanto que por la pérdida de sangre y por los agudos dolores que experimenta cae rendida, entregándose á su verdugo.

Sólo en el caso de que muy cerca del sitio donde esto acontezca exista algun monte muy cerrado, pueden las reses desprenderse de su carga, entrando á la carrera por lo más espeso, á fin de que se aturda á fuerza de golpes contra las matas.

La fuerza muscular del lince es grande; los saltos que da son prueba suficiente de ella. En una noche del mes de Octubre, en medio de Sierra Morena, esperábamos dos cazadores la salida de la luna. Eran las once y habíamos percibido el ruido que produce una piara de jabalíes cuando come la bellota, pero no podíamos ver ninguno á

causa de la oscuridad; de pronto sentimos un gruñido general, al que siguió una total dispersion de las reses. Sólo un jabalí pequeño quedó en su puesto entre las garras y los dientes de un lince. Este, al dar el salto, produjo la caída de la res, que pugnaba por desasirse de su opresor. Mi compañero pudo, con el primer rayo de luna saliente, tirar con tan buen acierto, que dos de las tres balas que contenía su escopeta destrozaron el cráneo del lince. Cuando llegamos, el jabalí estaba muerto. Quisimos buscar el punto del acecho del lince (lo que es fácil conocer por el fuerte olor repugnante que deja en el sitio donde permanece acechado algun tiempo), y vimos con asombro que distaba 22 piés del punto donde estaba su presa.

Ninguna otra alimaña es capaz de destruir un cazadero en ménos tiempo que el lince; mata, y no come más que una pequeña parte, dejando el resto casi enterrado para otros bichos; todos los días va en busca de caza fresca, lo que hace costosa su estancia en cualquier monte.

A causa de su despilfarro, acontece que muchas veces tiene que emigrar por escasez de caza; sólo el hambre y la carencia de la última le hacen buscar los residuos del festín del día anterior.

Su carne es para los kalmukos un bocado delicioso. La piel es buena cuando tiene pelo de invierno; pero su duracion es corta, porque su pelo es quebradizo.

Es costumbre cazar el lince con perros, con el objeto de que se encarama á un árbol; este modo de cazar es muy seguro. Para ello (si el terreno es peñascoso) se deben registrar todas las peñas y cuevas, los huecos de los árboles, hasta que los perros den con él. Al sentirse acometido por ellos el lince se refugia en el árbol más inmediato. Fácil es al cazador ponerse á tiro y á muy corta distancia las más veces.

Por medio de cepos de platillo (es lo más usual) se cazan con más seguridad, ó por medio de fosos profundos.

El más eficaz, sin embargo, es por medio de cebo vivo, tal como se describe para la caza de fieras.

Para matar el lince á tiro, el verdadero cazador emplea la bala, nunca la munición.

TORRE AYLLON.

LOS DOS CAZADORES.

Que en una marcial funcion,
Ó cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razon.
Pero el que por diversion
Exponer su vida quiera
Á juguete de una fiera,
Ó peligros no menores,
Sepa de dos cazadores
Una historia verdadera.
Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente
Vieron venir frente á frente
Al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y, cual otro Sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos á Carranza.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 26 DE DICIEMBRE DE 1879, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de diez pichones y tres tiradores, la ganó, matando siete de ocho tiros, el Sr. Marqués de la Mina, contra los Sres. Duque de Huéscar y Vizconde de la Torre de Luzon.

La segunda piña, igual á la anterior y de seis tiradores, la ganó, matando diez de diez tiros, el Sr. Duque de Fernan Nuñez, contra S. M. el Rey y los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina, Duque de Huéscar y D. Felipe Falcó.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y seis tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, el Vizconde de la Torre de Luzon, contra S. M. el Rey y los Sres. Marqués de la Mina, Duque de Huéscar, Duque de Fernan Nuñez y D. Felipe Falcó.

La cuarta piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de cuatro tiros, el Sr. Marqués de la Mina, contra S. M. el Rey y los señores Duque de Huéscar, Duque de Fernan Nuñez y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tirada terminó á las cuatro.

TIRADA EXTRAORDINARIA DEL DÍA 29 DE DICIEMBRE DE 1879, Á LAS DOS DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y cinco tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Duque de Huéscar, Marqués de la Mina y D. Scipion Morillo.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, de seis tiradores, la ganó, matando seis de siete tiros, el Duque de Huéscar, contra S. M. el Rey y los Sres. Anspach, Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina y Conde de Gomar.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y nueve tiradores, la ganó, matando siete de siete tiros, el Duque de Huéscar, contra S. M. el Rey y los Sres. Anspach, Vizconde de la Torre de Luzon, Marqués de la Mina, Duque de Fernan Nuñez, Morillo, Conde de Gomar y D. Felipe Falcó.

Presenció la tirada S. M. la Reina.

La tirada terminó á las cuatro y media.

GACETILLA.

CAZA DE UN OSO.—El *Diario de San Francisco*, de California, da cuenta en estos términos de la caza de un oso:

«El 30 de Julio, un cierto Williams vino á buscar un médico para que se encargara de la curacion de un amigo suyo, Walter F. King, gravemente herido por un oso que habia encontrado en el bosque, á treinta y cinco millas al Sudoeste de San José.

»Williams y W. King habian salido juntos á cazar corzos; King vió las pisadas de un oso, y al siguiente día muy temprano partió solo en busca de la fiera.

»Prolongándose demasiado la ausencia de King, su camarada salió á buscarle y lo encontró tendido en el suelo, privado de sentido, pero vivo aún; su cráneo estaba roto y tenía ademas el costado izquierdo desgarrado. El oso se hallaba muerto unos sesenta metros más allá.

»El herido fué curado, y despues trasportado á un campamento, con ayuda de otros dos cazadores.

Vuelto en sí King, refirió de este modo su encuentro con la terrible fiera: «Despues de haber seguido las huellas del oso por algun tiempo, llegó á una especie de hueco practicado en la pendiente de una colina; la entrada estaba casi oculta por espesos matorrales y algunos arbustos.

»Suponiendo que el oso debia encontrarse en esta cueva, King se puso en acecho á la entrada; algunos momentos despues un ruido de las hojas le hizo volverse, y vió á la fiera que estaba á unos treinta ó cuarenta pasos de él.

»King levantó su rifle é hizo fuego tres veces seguidas; pero las balas no causaron en el animal más que heridas ligeras.

»Al momento el oso se levantó sobre sus patas traseras, se aproximó al cazador, cogiéndole entre sus terribles garras en el momento en que este último, arrojando su arma lejos de él, acababa de sacar su cuchillo de monte de la vaina.

»La lucha fué corta. King dió muchas cuchilladas con su hoja acerada y cortante al animal; el oso cogió la cabeza y los costados del cazador con sus fuertes garras, haciéndole profundas heridas; por último, agotadas sus fuerzas, el hombre y la fiera abandonaron la pelea; King se desmayó, y el oso fué á morir á algunos metros más lejos.

MUCHO CUIDADO CON LO IMPREVISTO.—Cuenta *La Chasse Illustrée*, que un jóven de diez y ocho años, llamado Gauthier, acaba de ser muerto por un perro, junto á Barbézieux. Fatigado de la caza, y para descansar, se puso á comer un racimo de uvas, del que arrojaba algunos granos al animal que saltaba al rededor de su amo; á su lado habia puesto su escopeta montada. En uno de sus saltos, el perro tocó sin duda alguna con una de sus patas el gatillo; el tiro se disparó y la carga deshizo el cráneo de este desgraciado.

PESCADOS MUERTOS POR UN RAYO.—Todos los pescados de los estanques de Leck, en el gran ducado de Nassau, acaban de morir recientemente por un rayo, que cayó desprendido de una tempestad, en los depósitos empleados en la Piscicultura.

PRODUCTO DE LAS LICENCIAS DE CAZA EN INGLATERRA.—Las licencias de caza han producido este año en todo el Reino-Unido la suma de 2.000.705 pesetas; es decir, unas 50.000 pesetas más que en 1878.

RECETA PARA HACER IMPERMEABLE EL CUERO DE LAS BOTAS DE CAZA.—Póngase en una cacerola á la lumbré dos onzas de cera, dos libras de grasa de carnero, una pinta de aceite de linaza y una onza de pez en polvo.

Cuando todo este conjunto esté bien mezclado, se aplica con un pincel sobre el calzado, al regreso de una cacería en sitios pantanosos, y mientras el cuero está aún húmedo.

CAZA EN EL ZULULAND.—Algunos oficiales ingleses en el Zululand, despues de la guerra, han dado una batida en los desfiladeros del rio Tugela.

En un día de caza, con cien cafres como ojeadores, mataron veinticinco antílopes grises, una corza, que los indígenas llaman *inhabela*; dos antílopes, spring-bock, treinta y dos pintados, quince liebres, una serpiente piton de catorce piés de largo, y un gran mono babuino.

LA CAZA EN TARTARIA.—Mientras duran las nieves, los tártaros que habitan las estepas del norte de la gran cadena de montañas del Cáucaso matan muchos antílopes, cazándolos con lebreles persas, á los que envuelven con cubiertas de algodón para que puedan acercarse á estos rumiantes sin ser vistos.

Los cazadores van á caballo armados de escopetas. Las batidas se asemejan mucho á lo que llaman los caballeros árabes una *escena de fantasía*, por las carreras verdaderamente vertiginosas á que dan lugar.

PIEZAS MUERTAS EN TRES CACERÍAS EN INGLATERRA.—Las piezas muertas este año en las tres cacerías llamadas en el Reino-Unido de Invergelde, en el Porthshire; de Dalnawillan, en el Edithness-shire, y de Gaick, en el Inverness-shire, suman un total de 10.907.

En una de estas cacerías, 3.690 piezas han sido ante dos escopetas: la del mayor Baskerville y la del capitán Henry.

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

—Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros días, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega. Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripción, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está publicado también y contiene el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Casa de las Aves* de Pero Lopez de Ayala, con un discurso y notas del Sr. Gutierrez de la Vega. Ha costado por suscripción 6 pesetas en Madrid y 7 pesetas en provincias.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.—Redaccion y Administracion de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introduccion por el Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edicion elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que LA ILUSTRACION VENATORIA, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitacion.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de LA ILUSTRACION VENATORIA, podrá suplir á la coleccion del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aun será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella coleccion de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administracion (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay tambien ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administracion en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1880.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.